



“XI. Lecturas de la palabra de doña Luz Jiménez”

p. 293-310

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo V. Literaturas indígenas

*2. Creación literaria náhuatl: del periodo colonial
a la nueva palabra*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2008

344 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-970-640-373-5 (tomo V, volumen 2, pasta dura)

ISBN 978-970-640-375-9 (tomo V, volumen 2, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/544.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XI. LECTURAS DE LA PALABRA DE DOÑA LUZ JIMÉNEZ*

Llegaba ella por la tarde, una o dos veces por semana. Tendría poco más de sesenta años, aunque parecía algo mayor. Había tenido que trabajar mucho. Lo seguía haciendo para vivir y ayudar a su hija y a sus nietos. De baja estatura, delgada, vestía en forma sencilla, una blusa de percal, falda oscura de algodón y un suéter, unas veces gris y otras azul claro. Morena de tez, su semblante era apacible. El pelo, bastante canoso, lo traía peinado al modo tradicional, hacia atrás, rematando en un pequeño chongo. En su frente y sus mejillas abundaban ya las arrugas. En sus ojos se reflejaba la paz y la bondad de su corazón.

Contemplándola no pensaría uno que estaba ante una mujer indígena. Más parecía una mexicana mestiza de condición humilde, pero a la vez de gran dignidad en su porte y sus modales.

Saludaba ella con su mirada apacible y dando la mano pero sólo como tocando la del otro. Esperaba luego hasta que se la invitaba a sentarse. Quien, semana a semana, la recibía en su casa era Fernando Horcasitas (1924-1980), antropólogo, estudioso y maestro de culturas mesoamericanas, sobre todo la náhuatl, tradiciones y lengua de aquellos que aún la mantenían viva.

Recibía él a doña Luz Jiménez, éste era el nombre de la señora que venía a su casa, precisamente porque ella hablaba el náhuatl en una variante muy cercana a la forma antigua, la que suele calificarse de clásica. Doña Luz había nacido pocos años antes de que comenzara este siglo. En su pueblo, Milpa Alta, situado al sur del Distrito Federal entre los boscosos cerros del Cuauhtzin, “El aguilita” y el Teuhtli “El Señor”, se vivía entonces en calma. Hallándose cerca de la gran ciudad de México, parecía estar en una pequeña provincia, con su cielo limpio, alejada del barullo y las prisas de la capital. A principios de siglo todos seguían hablando allí el náhuatl, aunque no eran pocos los que conocían también ya el español.

Para doña Luz los años de su infancia y juventud estaban también lejos pero los recordaba muy bien y así hablaba de lo que había ocurrido

* *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 23, 1993, p. 343-359.



en ellos, en su pueblo, en su familia, lo que había visto, lo que a ella le había sucedido. Le gustaba mucho hablar de eso, sobre todo referirlo en náhuatl. Cuando lo hacía, allá por los años cincuenta y principios de los sesenta en casa de Fernando Horcasitas, ella se posesionaba de su papel. Se expresaba cual si fuera maestra, la profesión que siempre quiso, pero no pudo tener. Así concurría, semana a semana, para hablar en náhuatl de sus cosas. De este modo ayudaba a otros aprender su lengua. Entonces, de verdad, ella se sentía por fin maestra.

Fernando invitaba a veces a algunos amigos y colegas interesados en el náhuatl y en la etnología de sus hablantes contemporáneos. Así fue como, hacia 1960, conocí a doña Luz Jiménez. La recuerdo bien aunque sólo la vi en pocas ocasiones. Sabía yo que no era una persona común y corriente. En medio de su sencillez, tenía mucha prestancia. Hacía años había posado nada menos que para Diego Rivera y su ayudante Jean Charlot. La efigie de doña Luz quedó en los murales que ellos pintaron nada menos que en la Secretaría de Educación. De eso se sentía muy orgullosa, ella que siempre había querido ser maestra.

No era extraño, por eso, que al llegar a la casa de Fernando y expresar sus recuerdos en náhuatl, explicando frases y palabras, a veces repitiendo y contestando preguntas, se sintiera feliz. Es verdad que se le remuneraba por ello, era su trabajo pero, aunque necesitada para vivir y ayudar a su hija y a sus nietos, no lo hacía por dinero. La verdadera razón, así podía leerse en su mirada, era porque sentía ella que estaba enseñando a otros, cumplía su deseo de ser maestra.

Fernando, distinguido antropólogo y amigo muy apreciado, pensaba de modo diferente. Como la mayoría de los etnólogos de esos años, consideraba a doña Luz como “su informante indígena”. Así lo decía y así lo dejó escrito:

Fue una indígena llamada Luz Jiménez. Tuve la suerte de conocer a doña Luz en casa del antropólogo y mexicanista Roberto H. Barlow, en 1948, donde ella dictaba una serie de textos en náhuatl [...]. Después de esta fecha fue mi fiel informante durante muchos años para mi curso de náhuatl.

Pasó sus últimos cinco años en la ciudad de México con su hija y con sus nietos, aunque conservaba su antigua casa de Milpa Alta. Murió accidentalmente en la ciudad de México en 1965 [atropellada por un vehículo] y fue enterrada en el panteón de Iztapalapa (Horcasitas, 1968, 13-14).

Resulta así inevitable tener que reconocer que en la comunicación, sostenida semana a semana, y que hizo posible la perduración de los relatos de doña Luz, hubo desde un principio un doble enfoque, una



doble captación. Lo que ella expresaba eran sus recuerdos; los comunicaba, enseñaba así su lengua, los otros aprendían, venían a ser sus estudiantes. Lo que el antropólogo escuchaba eran las palabras de “su informante indígena” que permitían conocer cómo era el náhuatl en esa variante; lo que ella decía eran textos que servían para un curso de dicha lengua.

Sólo que la vida tiene muchas sorpresas. Con el paso del tiempo la comunicación entre el antropólogo y la que él consideraba era su informante; lo que ella recordaba y expresó, y el antropólogo copiaba, iba a tener otras formas muy distintas de lectura.

Enterémonos acerca de los relatos de doña Luz

Un día a mediados de 1966, mi amigo Fernando me dijo que tenía transcrito en náhuatl, con una primera traducción al español, mucho de lo que doña Luz le había expresado. Le pedí me dejara leer esos papeles. Había en ellos de todo, breves cuentos, algunos de tradición popular, otros al parecer de la inventiva de doña Luz, que no carecía de ella. También había buen número de relatos, recordaciones de lo que había sido su infancia al lado de sus padres, sus años de escuela y otras muchas cosas hasta que, cuando era jovencita, se celebró ruidosamente en México, incluyendo a Milpa Alta, el Centenario de la Independencia, el del inicio de la lucha que encabezó Miguel Hidalgo.

Leyendo esos papeles, me parecía contemplar a doña Luz, la veía concentrada en sus recuerdos, casi me parecía escuchar sus palabras:

Nohtata, nonan —mi padre, mi madre— hablaban bien el español. En esa época, no como ahora, nadie se avergonzaba de hablar el mexicano [el náhuatl]. Muchos no sabían el español. He visto mucho malo y mucho bueno en mi vida, pero lo que más me gustó fue cuando yo era chiquita y comencé a ir a la escuela [...] (Horcasitas, 1968, 21).

Mezclando los recuerdos acerca de sus padres con otras muchas cosas, su palabra revivía viejas leyendas como la de los fallidos amorios del Popocatepetl, “Monte que humea” que:

También es un gran señor. Allí está durmiendo y su esposa está a sus pies. Se llama ella Iztaccíhuatl, la Mujer blanca o Malintzin [...]. Era una muchacha maravillosa, bella, su carita era preciosa.



El señor Popocatépetl le propuso matrimonio. Pero ella dijo: Ni tú ni nadie. Me voy a dormir, tú me cuidarás. Y parece que se quedó dormida y el Popocatépetl la está cuidando [...] (Horcasitas, 1968, 25).

De otros personajes también hablaba doña Luz, pero éstos de la realidad en que vivía. A uno de ellos, el que gobernaba, llama “nuestro padrecito reverenciado” —*totahztzin*— Porfirio Díaz. Del otro que era el párroco de Milpa Alta, dijo:

El padre Juan Polo, capitalino, tenía dos hermanas; una se llamaba Conchita, la otra Elenita. Éstas eran las personas que vivían en la iglesia. Estas buenas señoritas regalaban comida a la gente más pobre.

Nuestro padre Polo salvó a mucha gente. Decía muy buenas palabras. Nos alegraba el corazón. Si alguien del pueblo se enfermaba, el sacerdote lo curaba. No cobraba caro. Sólo veinticinco centavos. Y si era humilde no cobraba ni un centavo.

Por esto no lo quería Basurto. Este hombre era el gran doctor de nuestro pueblo. Cobraba dos pesos, dos cincuenta, y hasta cinco y, si iba a la casa, pedía diez pesos. Como era muy buen doctor, no dolía pagarle ese dinero (Horcasitas, 1968, 45).

En otras hojas, de las muchas que me prestó Fernando Horcasitas, estaban las palabras de doña Luz sobre el trabajo en el campo:

Desde el bosque de Milpa Alta hasta el cerro del Ajusco, los bosques de estos montes están húmedos. Así es que todos los hombres y sus mujeres se ganan la vida con ellos. Las mujeres que no tenían marido iban al bosque a buscar hongos y los vendían en la plaza [...].

También los hombres cazaban venados, conejos, teporingos, también zorrillos con que curaban a los que estaban enfermos de la sangre [...].

También sembraban maíz, frijol y habas en los campos. Eso era para vender [...]. Sembraban terrenos, milpas de chícharos y coles, y los llevaban a Xochimilco (Horcasitas, 1968, 48-49).

Sus relatos, como la corriente sonora de un río, se deslizaban con entrantes y salientes que parecían desvíos pero confluían siempre en el curso de una historia, una vida, la de ella misma, doña Luz, y su pueblo. Las peregrinaciones anuales al santuario del Santo Señor de Chalma le encantaban y, por eso, con detalle las revive en sus palabras. Paso por paso, recorre con su imaginación la marcha de los peregrinos. La meta era llegar y hacer ofrenda y pedir tantas cosas: “Todas

nosotras llorábamos e invocábamos al Señor de Chalma y a Nuestra Madre de Guadalupe” (Horcasitas, 1968, 59). Son ellos *Totahtzin, Tonantzin*, deidad a la vez Padre y Madre, como en los tiempos antiguos, pensaba yo al leer el relato.

Otro tema de frecuente recordación era el de las fiestas con sus danzas y castillos de cohetes. Le atraían en particular las danzas de moros y cristianos. Ella llamaba “los de Mahoma” a los primeros, pues así se decía en Milpa Alta. De la Noche Buena también hablaba:

Iqui in oyeya Nochibuenta cualtzin oquiyaya teopa ilhuitl: Así era la Nochebuena. Salía preciosa la fiesta, allí en la iglesia (Horcasitas, 1968, 81).

Las fiestas del Centenario en 1910, cuando ella tenía ya cerca de quince, le dan ocasión para deshacerse en elogios de los que llama, “el hombre maravilloso que era el presidente [Porfirio Díaz] y el Secretario de Educación [Justo Sierra]”. Héroe suyos fueron siempre ambos, a pesar de que en sus recuerdos acerca de la Revolución también muestra muy grande admiración sobre todo por Emiliano Zapata. A propósito de Justo Sierra recordaba que, cuando las fiestas del Centenario:

Llegó la ropa que mandó Justo Sierra en un carro. Tenían escritos los nombres de los niños pobres en un papel y lo que les iban a regalar. Cuando llegó el día, les dieron sus camisas y sus vestidos [...].

Yo, Luz, estaba en el año cinco de estudios, el que ahora llaman quinto año. Me regalaron mis zapatos, mis vestidos y mi blusa porque mis padres también eran muy pobres.

Llegó el 16 de septiembre. Llegaron los niños a la escuela. Todos los jovencitos y las muchachas llegaron a la escuela con los zapatos que rechinaban [...]. El día 16 todo el pueblo rodeó la bandera y, delante de la bandera, cantaron los niños [...].

Y se dijo: Bandera de México, ¡oh bandera! Bandera verde, blanca y roja, ¡bandera de México! En este día, en este mes y en este año, cumplés cien años.

Ellos, los indios, recordarán la sangre que se regó hace un siglo cuando nuestro padre Hidalgo nos liberó de las plantas de los españoles o gente de piel blanca [...] (Horcasitas, 1968, 95-97).

Otras páginas hablaban no ya de fiestas sino de cómo preparaban las gentes sus comidas en Milpa Alta, sus quehaceres y penares, enfermedades, entierros y penurias, en suma la existencia cotidiana, la de doña Luz, su gente y su pueblo.



Otros relatos había acerca de cómo se acabó la paz y sobrevino la Revolución

A veces con tachaduras y correcciones, pues, al parecer, doña Luz había respondido a una pregunta o hecho alguna aclaración, había páginas, bastante numerosas, en las que la palabra en náhuatl evocaba los días de la Revolución. Una en particular me impresionó, porque recordaba de algún modo los presagios de la Conquista, según los consignaron los antiguos maestros de la palabra, sólo que esta vez el anuncio fue un silencio al que luego acompañó un estruendo de muerte:

No tronó el cielo para avisarnos que venía la tempestad. No sabíamos de la tormenta ni de los malvados hombres.

Un día se oyeron balazos entre los montes Teuhtli y el Cuauhtzin. Se nos dijo que eran soldados federales que peleaban contra los hombres del estado de Morelos. Se oían balazos. Era la primera vez que escuchábamos esto y todo Milpa Alta tembló.

Iban llegando más gentes de Morelos, se decía que iban hacia Xochimilco. No sé por qué estaban contra el presidente Porfirio Díaz.

Estos hombres de Cuernavaca y Tepoztlán hablaban nuestro idioma [el náhuatl]. Eran campesinos y no sabíamos por qué los federales les tenían miedo (Horcasitas, 1968, 103-105).

Llegaron noticias de que Emiliano Zapata y sus hombres se acercaban a Milpa Alta. Con emoción evoca ella su entrada al pueblo.

Un día llegó un gran señor de Morelos, Zapata. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano. Cuando entró, toda su gente traía ropa blanca; su camisa blanca, su calzón blanco y sus huaraches. Todos estos hombres hablaban el mexicano. También el señor Zapata hablaba mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta, se entendía lo que decían.

Estos zapatistas traían sus sombreros; cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero, para que lo cuidara. Venían todos con un santo en su sombrero.

El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló a toda la gente de Milpa Alta: ¡Júntense! Yo me levanté; me levanté en armas y traigo a mis paisanos. Porque ya no queremos que nuestro padre Díaz nos cuide. Queremos un presidente mucho mejor. Levántense con nosotros porque no nos gusta lo que nos pagan los ricos. No nos basta para comer ni para vestirnos. También quiero que toda la gente tenga su terreno, así



lo sembrará y cosechará maíz, frijolitos, y otras semillas. ¿Qué dicen ustedes? ¿Se juntan con nosotros?

No hubo quien contestara. Y pasaron los días. Establecieron el cuartel de Zapata y de Everardo González. Este señor se quedó aquí a cuidar a Milpa Alta (Horcasitas, 1968, 105).

Con frases paralelas, que reiteran con alguna variante lo que está expresando —al modo como hablaban los antiguos nahuas— deja ver cuánto admiraba y quería a los zapatistas, aunque reconoce que a veces, para imponerse o defenderse, tenían que hacer cosas terribles. Quemaban pueblos y haciendas, obligaban a los ricos a entregar grandes cantidades de dinero y, lo que le parecía más feo, “también se robaban a las muchachas. Se decía que se las llevaban al monte y allí las violaban” (Horcasitas, 1968, 111).

Papeles y más papeles. Mucho fue lo que dictaba ella al antropólogo Horcasitas. Doña Luz sentía que estaba enseñando no ya sólo náhuatl sino también historia, la que había vivido, la que como testigo podía relatar. Fernando parecía aprender. Es cierto que se estaba dando cuenta de cómo era el náhuatl de Milpa Alta. También es verdad que estaba reuniendo muchos “textos de su informante” para sus cursos de antropología en la Universidad de las Américas.

Los enfrentamientos entre zapatistas y tropas federales y también luego con las de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón fueron tema que doña Luz recordó con abundancia de detalles. Sabemos —aunque ella nunca daba fechas— que en febrero de 1916 los carrancistas entraron en Milpa Alta. Lo que refería doña Luz y Fernando transcribía adquire aquí un tono de profundo dramatismo.

¡Ay maestro, si usted supiera lo que pasó cuando Zapata nos abandonó! El pueblo de Milpa Alta no se lo sabrá perdonar. A la siguiente semana comenzaron a llegar esos hombres, unos traían aretes, otros traían un gran anillo de oro en su nariz. Hablaban español, creo, pero casi no les entendíamos nada. Hablaban con acentos muy toscos. ¡Eran los carrancistas...!

Tiraban de balazos a lo tonto. Allí en el pueblo se asustaban los hombres, las mujeres y los niños, que ya nadie sabía qué hombres iban a entrar [...].

Sólo los del pueblo murieron, los que se iban temprano al campo, esos fueron muertos. Un *tlachiquero* [el que extrae el aguamiel de los magueyes], uno que se fue a recoger yerbas y un leñador. ¡Esos son a los que cogió la muerte en su camino [...]!



Estos carrancistas no eran tan buenos, eran malvados. Eran capaces de todo. Entraban en las casas, robaban gallinas, puercos, comidas. Si estaba uno comiendo, se llevaban toda la comida, tortillas, trastes [...]. Si un hombre o una mujer llevaba buena ropa, se la quitaban [...] (Horcasitas, 1968, 119-121).

Hombres con aretes y con un anillo de oro en la nariz —los indígenas yaquis que habían sido traídos de Sonora— y los otros carrancistas aparecen no sólo como malvados sino también como profanadores de las cosas sagradas. Se apoderaban de los ornamentos de las iglesias.

Las palabras de doña Luz, de nuevo con frases paralelas, recuerdan con horror los sacrilegios que los carrancistas perpetraban:

Un hombre de Milpa Alta estaba parado en la iglesia con otros hombres del pueblo. Estaban parados viendo lo que iban a hacer los carrancistas.

Este endemoniado carrancista, dijo el hombre del barrio, ya se subió a donde está San Mateo [la imagen de éste en la iglesia]. Quiere ponerse su manto. ¡También las ropas de San Marcos, hijo de San Mateo [...].

Y el carrancista bajó la capa de San Mateo. Empezó a hacerla pedazos y luego le empezó la fiebre. El otro carrancista que estaba abajo decía: ¡Yo no te hago nada, Mateo!

Duró como quince días el enfermo. Temblaba y no le servía ningún remedio. Y como había guerra, no curaban los curanderos. Así murió el carrancista (Horcasitas, 1968, 123).

Personas de las que ya había hablado doña Luz aparecen de repente una vez más en sus relatos. Tal es el caso del padre Juan Polo, el cura al que no quería el médico Basurto. Éste, aprovechando lo que ocurría, denunció como enemigo al viejo sacerdote.

Basurto se unió a los carrancistas y les dijo, ¡agarran al sacerdote!

Y así se le hizo. Al padre lo agarraron, le abrieron las plantas de los pies y así lo hicieron caminar (Horcasitas, 1968, 127).

Páginas enteras describen otras muchas atrocidades de los carrancistas. La palabra de doña Luz adquiere un acento épico cuando recuerda que los milpaltenses no pudieron resistir un día más en su pueblo. Muchos de sus hombres habían perdido la vida. Era necesario y urgente salir de allí. Un lejano eco puede tal vez percibirse en lo que describe respecto de lo que dejaron dicho quienes contemplaron la caída de México-Tenochtitlan en los días de la Conquista.



Un día sacaron los carrancistas a los hombres de sus casas, a los niños de quince años, a los de doce o trece años, a los viejos, a los jovencitos, a los hombres fuertes, y los mataron a todos en el atrio de la iglesia.

Mataron a mi padre y a mis tíos [...]. Los sacaron como a las seis de la mañana. Sólo una descarga echó la ametralladora. Así los mataron (Horcasitas, 1968, 135).

Las mujeres viudas, las ancianas, los niños y unos cuantos hombres sobrevivientes emprendieron entonces el éxodo. Marchaban a pie, así lo recuerda ella, iban con rumbo a la ciudad de México. No conocían allí a nadie que pudiera darles hospedaje.

La vida en la ciudad fue muy dura. Trabajaban como sirvientes y poco era lo que recibían en pago. Buscaban en las afueras alguna leña y luego la vendían. A tanta desgracia se sumó un día la noticia desgarradora:

Cuando se fueron los soldados a la tierra fría, dejaron solo a Zapata en el cerro del Jilguero, y se dice que Zapata fue engañado. Fue un general llamado Amaro el que engañó a Zapata. Dijo: Ya vine a unirme con ustedes. Ya no soy carrancista. ¡Hoy soy zapatista!

Zapata estaba muy confiado. Creyó a Amaro y se unió a ellos como si fuese un soldado. Y luego Amaro mató a Zapata (Horcasitas, 1968, 145-147).

Si fue o no el general Joaquín Amaro —en realidad fue otro— esto no le importaba a doña Luz. Lo terrible era que quienquiera que fuese, *omictic in Zapata*, “él mató a Zapata”.

La facundia de la que Fernando siempre consideró como “su informante indígena” hizo posibles páginas y páginas. Recordaba ella el fin de la Revolución. Pasados cuatro años, los milpaltenses decidieron regresar a su pueblo. En él, las tierras de cultivo, las milpas, según con sus ojos lo contempló, se habían convertido en bosques. Como todo había quedado abandonado, se decía que los fantasmas se habían adueñado del pueblo.

Doña Luz vuelve a hablar, una y otra vez, acerca de la educación en la escuela y de sus deseos de ser maestra. Así un día los de su pueblo podrán llegar a ser licenciados, hombres de negocios, profesores, sacerdotes y aun gobernantes. Desde niña, así lo decía, quería aprender: “mi madre me platicó cómo yo lloraba porque quería entrar en la escuela; todavía no había muchos profesores [...]. Lloraba mucho porque quería saber lo que decían los papeles, los escritos [...]”.



Tal vez, por eso, en una de las páginas en que se conservan sus palabras acerca del regreso a Milpa Alta, entonces sólo habitada por fantasmas, expresó que, con el paso del tiempo “de nuevo trabajan los hombres del pueblo. Tienen hijos licenciados, maestros y sacerdotes. Ya abrieron los ojos”. A esto que refiere con fruición, tan sólo añade: “Aquí terminan mis palabras sobre Milpa Alta, el pueblo entre los cerros, entre el Teuhtli y el Cuauhtzin, entre México y Tepoztlán” (Horcasitas, 1968, 151).

Esto y mucho más es lo que pude leer en los papeles que me prestó Fernando Horcasitas. Leí lo que doña Luz había dicho en náhuatl y también cómo lo había traducido Fernando al español. Esa fue mi primera lectura de los relatos de doña Luz. Al principio mi lectura estaba muy cerca de la que había hecho Fernando. Se trataba de textos “de su informante indígena”, útiles para sus cursos de náhuatl. Pero después se me ocurrió que podían leerse, comprenderse, de otra forma muy distinta.

¿Tan sólo material para un curso de náhuatl?

Tuve conmigo un par de semanas los papeles portadores de la palabra de doña Luz. Después de leerlos y releerlos, hablé con Fernando Horcasitas. Le dije lo que pensaba. Gracias a él, doña Luz había logrado lo que siempre estuvo anhelando. Había sido maestra, pero sobre todo maestra de la palabra. No pocos creadores de lo que llamamos literatura, en vez de escribirla con su mano, la habían dictado. Eso es lo que doña Luz había hecho. Se la había invitado como “informante”, pero ella, a lo largo de muchas tardes, sentada y con su mirada dulce daba salida a sus recuerdos. Memoria del corazón eran sus relatos. Hablaba de sí misma, pero como dejándose siempre en la penumbra. Salía de ella cuando el tema volvía a ser la escuela donde había estudiado con su deseo de saber para poder ser un día maestra.

Con su palabra iba iluminando lo que había sido la vida de una comunidad náhuatl, muy cercana a la capital del país, pero en la que perduraban no sólo la lengua indígena sino también muchas tradiciones ancestrales. Cuadros magníficos, henchidos de vida, fue recreando como el de lo que ocurría en su escuela, los quehaceres y trabajos de hombres y mujeres, la peregrinación al Santuario del Santo Señor de Chalma, los festejos del Centenario, la entrada de Emiliano Zapata a Milpa Alta, la matanza perpetrada por los carrancistas, la huida general y, por fin, el regreso al pueblo en el que ya sólo había fantasmas.

Producción literaria, en ocasiones magistral, testimonio de gran fuerza sobre un pasado contrastante y al final terrible, la paz del



pequeño pueblo trastocada por la Revolución, enfrentamientos, pánico, sufrimiento y agonía. Figuras que parecerían irreconciliables aparecen en el recuerdo como buenas y admirables: nada menos que “nuestro padrecito, Porfirio Díaz” y “Emiliano Zapata, el primer gran hombre que nos habló en náhuatl”. La Revolución contemplada, narrada desde la perspectiva sin pretensiones de una mujer indígena. Memoria náhuatl de Milpa Alta, de Porfirio Díaz a Zapata, eso era lo que Fernando Horcasitas había copiado en esos papeles.

Convinimos él y yo que los relatos de doña Luz merecían esta forma de lectura. Como tales, debían ser publicados. Ya teníamos el título que había que darles. La Universidad Nacional, nuestro Instituto de Investigaciones Históricas los iba a difundir en edición bilingüe náhuatl-español. El grabador Alberto Beltrán enriquecería la palabra con la imagen, como en los viejos códices de Mesoamérica.

Así se hizo. A petición de Fernando escribí un prólogo. Él redactó la introducción. En ella señaló que, al publicar esta *Memoria náhuatl de Milpa Alta*, buscaba tres fines. El primero era ofrecer los relatos de una mujer nahua acerca de lo que fueron para ella los últimos años del régimen de Porfirio Díaz y luego los de la Revolución, lo que vio, oyó y sintió de Emiliano Zapata, sus hombres y sus enemigos, los carrancistas. Expresamente notó Fernando que “no se busca presentar datos históricos exactos”, ya que “la informante” se interesaba poco en fechas precisas; le interesaban los acontecimientos y sus consecuencias, ante todo en su pueblo” (Horcasitas, 1968, 11).

Como segundo objetivo señaló luego que quería despertar el deseo de rescatar otras expresiones semejantes, puesto que “nunca se ha publicado un relato autobiográfico en lengua nativa de un indígena que haya vivido en esa época”, la de la Revolución. Y dio ejemplos de lo que pensaba: “¿Cómo afectó la Revolución al pueblo otomí, escondido entre los nopales y mezquites del desierto del Mezquital? ¿Qué supo el tarahumara de Madero, Villa y de Pershing? Los yaquis que vinieron con el movimiento carrancista, ¿qué tendrían que contar?” (Horcasitas, 1968, 11).

No pudiendo olvidar Fernando su propósito inicial, añadió que “el tercer fin de estas páginas es proporcionar al estudiante del náhuatl moderno [...] una serie de textos, material relativamente sencillo con traducción al castellano adjunta” (Horcasitas, 1968, 12).

En 1968 se publicó el libro, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta*. Corrió él con buena estrella. Varias reimpressiones ha tenido y asimismo apareció luego en inglés, publicado en 1972 por la Universidad de Oklahoma.



Dos lecturas críticas de la palabra de doña Luz

No todas las reacciones y comentarios fueron, sin embargo, halagüeños. Comenzaré con uno que, aunque acertado en buena parte, le causó enorme disgusto a Fernando. Éste, que no se había liberado de la idea de que doña Luz Jiménez había sido por encima de todo “su informante”, al publicar el libro hizo poner en la portada simplemente su nombre. En el interior añadió como explicación: “Recopilación y traducción de Fernando Horcasitas”.

No se reparó en esto y así salió el libro. Pues bien, el periodista e historiador Gastón García Cantú que lo leyó y quedó impresionado por la fuerza de expresión, lo apacible unas veces y otras lo terriblemente dramático de los relatos, hizo dura crítica de Fernando. En ella lo acusó de sacar bajo su nombre lo que en realidad era producción literaria, testimonio hondamente humano de Luz Jiménez. A juicio de García Cantú era el nombre de ésta el que debió aparecer en la portada del libro. Fernando Horcasitas, el antropólogo que, según García Cantú, desdeñosamente había calificado a la verdadera autora de “su informante”, había fungido como un escribano, un recopilador que publica la obra ajena, sin haber obtenido autorización de aquélla a quien pertenecía.

No contestó Fernando a la crítica. Ésta en realidad había venido a corroborar que la lectura de esos relatos estaba siendo ya otra. No se habían leído “los textos” dictados por una “informante” para un empleo didáctico. El acercamiento había sido a la expresión que daba vida a la memoria de un pueblo, recuerdo y creación a la vez de una maestra de la palabra. El viejo concepto del “informante”, tan en boga entre los antropólogos de la época, comenzaba ya a ponerse en entredicho o al menos a quedar sujeto a formas de uso en las que se precisaran sus connotaciones.

La otra lectura, también crítica, en el fondo reveló cierta ingenuidad. Ya Horcasitas había señalado en su introducción que:

[...] el sistema seguido para dictar el texto [como lo comunicó doña Luz] es algo diferente de la manera como aparece en esta publicación. El investigador lo ha situado por su orden cronológico, y es suya la puntuación y la distribución de los párrafos (Horcasitas, 1968, 15).

De esto precisamente, de las modificaciones que pudo introducir el que transcribió los relatos, se derivó la crítica. Así como Horcasitas había sido acusado de hacerse pasar como autor de lo que no era suyo, ahora, por el contrario, se le achacaba haber alterado lo que debió dejar en el orden y tal como había sido relatado.



Complemento de esta crítica fue la de tener por inverosímil que una misma persona pudiera mostrar respeto y admiración a figuras tan opuestas como Porfirio Díaz y Emiliano Zapata. A ello debía añadirse lo que se tuvo como “imprecisión histórica” y aun manifiesto error. Una muestra sería el caso de afirmar que fue el general Joaquín Amaro el que dio muerte a Zapata.

Horcasitas se había adelantado a una y otra objeciones. Señaló que, al publicar los relatos de doña Luz, “no se busca presentar datos históricos exactos”, sino “mostrar su punto de vista”. Lo que el crítico pudo tener como “arreglo” arbitrario de los materiales copiados, fue en realidad situar, como Fernando lo dice en su introducción, “por su orden cronológico” los relatos que en distintas ocasiones doña Luz iba refiriendo.

En fin, no es mi propósito “defender” la autenticidad de la palabra que publicó Fernando atribuyéndola siempre a doña Luz. Recordaré que a fray Bernardino de Sahagún, al dar a conocer a otros frailes los *huehuetlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, los relatos nahuas acerca de la Conquista y otros textos, hubo algunos que dijeron que todo eso eran “ficciones y mentiras”, a lo cual Sahagún simplemente respondió que “no cabe en entendimiento humano el fingirlo ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está. Y todos los indios entendidos, si fueren preguntados, afirmarán que este lenguaje es el propio de sus antepasados y obras que ellos hacían” (Sahagún, 1984, 1, 305-306).

La respuesta es aplicable a las palabras de doña Luz. Otras cuestiones muy distintas cabe, en cambio, plantearse: ¿ha habido alguna forma de lectura que pueda describirse como hecha por gentes nahuas de Milpa Alta? ¿Se han interesado ellas por los relatos de doña Luz Jiménez? ¿Qué piensan acerca de éstos?

¿Una memoria de la propia identidad?

Desde hace ya más de diez años han concurrido al Seminario de Cultura Náhuatl a mi cargo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional varias personas oriundas de Milpa Alta. Con antecedentes de maestros normalistas se propusieron conocer gramatical y literariamente la lengua que tienen como materna, el náhuatl. Varios de ellos, como Librado Silva Galeana y Francisco Morales, lo han logrado de un modo admirable. Escriben hoy poesía y narrativa en náhuatl y con estilos en que se conjuga la vieja herencia y la nueva



inspiración. A través de ellos he establecido relación con buen número de milpaltenses, tanto de la cabecera de esa delegación administrativa como en particular del pueblo de Santa Ana Tlacotenco.

He podido comprobar así que perdura vigoroso entre ellos el náhuatl en una variante muy cercana a la forma antigua o clásica. Diríamos que muchos de ellos lo hablan igual o aún mejor que doña Luz Jiménez.

Entre otras cosas, como labor propia del Seminario, se han acercado a los *Huehuetlahtolli*, los *Cantares Mexicanos*, varios anales y diversas formas de narración de la antigua tradición náhuatl. Han leído además en privado y en ocasiones reunidos para disfrute de muchos, los *Cuentos en náhuatl de doña Luz Jiménez* (1979). Pero de modo especial les ha interesado la *Memoria náhuatl de Milpa Alta*. Muchas veces me lo han comentado. Dicen que habían escuchado de sus padres y abuelos recordaciones muy parecidas. Incluso afirman que han participado en experiencias como las que allí se describen, entre otras en la recolección de hongos, los trabajos de la siembra, las peregrinaciones al Santuario de Chalma y las fiestas de Santa Marta.

Cuando les han leído a los ancianos esos relatos en el náhuatl de doña Luz, sobre todo los que hablan de la Revolución, ellos los comentan y aún expresan añadidos. La lectura ha sido revivir la memoria de lo que fue su pueblo, lo que ocurrió en él, lo que eran sus gentes, sus maneras de vida, sus tradiciones. Es —así lo dicen— como ver en un espejo algo de uno mismo y reencontrarse.

La lectura que han hecho y continúan haciendo no pocos milpaltenses de estos relatos, sólo ellos la pueden practicar. Lo que dejó dicho doña Luz conlleva su historia, diríamos que allí tienen lo que muy pocos otros pueblos indígenas poseen. Para saber más acerca de sí mismos, pensar y enriquecer la memoria de lo que ha sido y ver lo que son ahora, estos relatos han venido a ser algo así como su Biblia. Cuando Horcasitas copió esos “textos” ciertamente no imaginó que con ellos iba a reafirmar la identidad de un pueblo.

Un puente entre la antigua y la nueva palabra

Para los participantes de estirpe náhuatl en el Seminario de Cultura Náhuatl, los milpaltenses y los de otras procedencias —las Huastecas veracruzana e hidalguense, la región de Xalitla en Guerrero y varios lugares del estado de Puebla— la lectura de la palabra de doña Luz, les aportó asimismo otra forma de significación. Habían leído algunos de ellos transcripciones de cuentos y canciones por varios folkloristas



y etnólogos. También habían escuchado en sus pueblos composiciones parecidas. Sabían que eran como un rescoldo, lo que aún quedaba de su fuego con el que antes su gente había podido alumbrarse y calentarse un poco.

A sus ojos, los relatos de doña Luz eran más que eso. Es cierto que en ellos afloraba también de varios modos la antigua tradición, pero además eran portadores de recuerdos bien definidos, reflexión y conciencia del propio ser, el de una persona y el de la comunidad a la que pertenecía. Eran producción literaria en el más pleno sentido de la palabra: autobiografía en la que a la vez todo un pueblo se torna presente, imagen viviente de sus costumbres, anhelos y sufrimientos, narrativa histórica, prosa que se desliza apacible pero en ocasiones se encrespa y resuena como un trueno, como un drama.

Estos hombres y mujeres de stirpe náhuatl —varios de ellos escritores, creadores del *Yancuic Tlahtolli*, la “Nueva Palabra”—, se percataron asimismo que los relatos de doña Luz, así como diferían de los cuentos y tradiciones populares y crónicas, también se habían producido de manera distinta a la de su propia narrativa y poesía, las que ellos mismos estaban escribiendo. La palabra de doña Luz había brotado en forma oral, había sido como una enseñanza, una respuesta, que se daba al que quería saber. Doña Luz no pensaba que estaba escribiendo. No imaginó tampoco que sus relatos integrarían un libro. Hablaba y, posesionada de su papel, al recordar su propio pasado y el de su pueblo, comunicaba, enseñaba eso que ella conocía. Se había convertido así, casi sin sentirlo, en lo que siempre había querido ser, una maestra.

Sus relatos, no ya de informante pues fue mucho más que eso, vinieron a tender un puente entre la antigua palabra, la de la literatura que habían creado sus ancestros y el *Yancuic Tlahtolli*, “Nueva Palabra”, que varios años después de la muerte de doña Luz, empezó a ser producida por modernos *tlahcuilos*, escritores decididos a no dejar perecer su lengua, fortaleciéndola con el renacer de su nueva literatura. Acercarse así a los relatos de doña Luz ha sido otra forma de lectura. Se leen, aprecian y aun estudian por lo que expresan y son en sí mismos y también como anticipo y primicia de la nueva palabra.

Decía doña Luz, hablando de los tiempos de su padre y de su madre, “en esa época, no como ahora, nadie se avergonzaba de hablar el mexicano” (Horcasitas, 1968, 21). Mucho le hubiera agradado saber que treinta o más años después de que expresó eso, hay ya muchos que no sólo no se avergüenzan de hablar náhuatl sino que lo cultivan, conocen los relatos que ella nos dejó y son, de nueva cuenta, forjadores de cantos, maestros de la palabra.



Relatos que seguirán teniendo otras lecturas

La palabra de doña Luz continúa difundándose en náhuatl, español e inglés. Sus dos libros (Horcasitas, 1968 y 1979) se reimprimen una y otra vez. Gentes nahuas y de otros orígenes los disfrutaban. Encuentran en ellos una perspectiva que sitúa de modo diferente lo que fueron los tiempos y las obras de Porfirio Díaz y Justo Sierra; y asimismo los de la Revolución, con Emiliano Zapata y los carrancistas.

Correspondió a doña Luz ser portadora de la palabra de un pueblo que se creía ya silenciado para siempre, “los indios”, los nahuas. No hizo ella otra cosa sino una recordación de acontecimientos que vivió y sacudieron a su comunidad y a México entero. Y lo hizo a su modo, sin pretensiones literarias. Con llaneza exponía su verdad, la de “esos indios” que muchos seguían teniendo por torpes, perezosos e ignaros. En esto está su mérito y el valor de sus relatos.

Montañas, bosques, manantiales y ríos, sementeras y animales, todo cobra vida en su palabra. Los describe sabiendo que, sin ellos, no habría existir humano. Le preocupan, una y otra vez, su propio destino, el de su hija y sus nietos, el de su gente, el de México. Habla de las cosas humanas y de las cosas divinas. Cree en una providencia: *Toteohtzin Chalma, Tonantzin Guadalupe*, “Nuestro padrecito divino de Chalma, Nuestra Madrecita de Guadalupe” (Horcasitas, 1968, 58-59).

¿Podría decirse que, tomando todo esto en cuenta, se lograría “una lectura justa o la mejor” de doña Luz Jiménez? La pregunta carece de sentido. Ya he descrito varias lecturas diferentes, de entre las que tengo conocimiento. Me atreveré a afirmar algo que presupondría otra lectura que parecería a algunos fingida o pretendida captación de lo que ellos no perciben. Dicha lectura es la que vería un clásico en ciernes, o simplemente un clásico, en la narrativa de doña Luz. Tal persuasión llevaría a pensar que su palabra habrá de perdurar en el conjunto de las creaciones literarias nahuas. Éstas incluyen producciones tan bien logradas como los veinte himnos a los dioses, la obra poética de Nezahualcóyotl y de otros antiguos forjadores de cantos, los *huehuehtlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, la narrativa épica que integra la *Visión de los vencidos*. En el más amplio contexto de la literatura náhuatl, los relatos de doña Luz aparecen como expresión tardía, casi fortuitamente lograda, pero de gran fuerza, precursora del renacer de la palabra en náhuatl.

Si de verdad estamos ante una obra clásica, tendrá ella otras, quizá muchas, formas de lectura. Por ahora sabemos de cierto que con ella la idea de que podía renacer una literatura indígena, personal y rica en



significaciones propias, se convirtió en realidad. Consta asimismo que en ella han contemplado algo de sí mismos quienes hoy reafirman su identidad y escriben poesía y narrativa en náhuatl.

Ironía nos parece y lo fue que ni doña Luz ni Fernando, cuando ella relataba y él transcribía, se percataran de que estaban dando vida a todo esto, memoria de un pueblo, creación literaria, presagio y anticipo palpable de la palabra que florecía una vez más. La recordación, memoria del corazón, tendió un puente hacia el presente y el futuro.

En el presente abren ya su corola las nuevas flores; en el futuro, ¿seguirá habiendo nuevas creaciones? Sabemos al menos que cada día son más numerosos los escritores en náhuatl y en otras de las antiguas lenguas de Mesoamérica.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS